

el amor ni tampoco al sujeto. Ni ella misma sabe realmente de qué se ha enamorado" (pág. 47).

Es un libro sencillo, pero que sabe aprovechar no sólo la imaginación, sino la experiencia propia del lector (bien sea masculino o femenino), quien, si se descuida, acabará buscando entre estas páginas su propia visión de mujer imaginada... y tendrá de dónde escoger.

En el prólogo, el mismo Argüello dice: "Debo aclarar que este libro no es una clasificación o taxonomía de la mujer, pues de los seres vivos, la mujer es quien menos admite taxonomía. Lo único que he hecho es tratar de ponerle música a ciertas ideas sobre algunas mujeres. Aunque en realidad a quien hay que ponerle música es a la mujer de verdad, a la de carne y hueso. Es lo menos que uno puede hacer por ellas" (pág. 13).

Tan solo le faltó revelar el misterio final de la esfinge: el secreto para saber distinguir a la mujer de carne y hueso de la *mujer imaginada*.

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

"La posmodernidad se nos ha echado encima"

Mapas y pliegues

Carlos Rincón

Tercer Mundo Editores,

Santafé de Bogotá, 1996, 266 págs.

Es un libro duro... Difícil de leer este trabajo, ganador del Premio Nacional de Cultura 1995 en la modalidad de ensayo.

Quizá sea por su densidad, a pesar de que ya Foucault y otros autores hayan demostrado que se puede ser a la vez tan sencillo y claro en la forma como denso en elementos de análisis. Puede ser una víctima más del mito moderno (no posmoderno) que afirma que, si se es suficientemente claro en los "términos" y en el "contexto", entonces *lo escrito* tendrá exactamente el

mismo significado para el lector que para el escritor, dado lo cual, la "calidad" del trabajo puede medirse por su "especificidad". O tal vez la mejor explicación la dé el mismo Rincón al afirmar: "Lo cierto es que el proceso contemporáneo de apropiación y experiencia estética resulta infinitamente más amplio que el campo de las artes. No coincide con los límites de su sistema o sus formas, ya sean los tradicionales o estén ampliados con nuevos géneros de arte visual o de *performance*. El explayamiento contemporáneo de lo estético está incluido más bien dentro de la explosión del terreno de la cultura, con la que los linderos de lo cultural, lo económico y lo social tienden a hacerse porosos" (pág. 205).

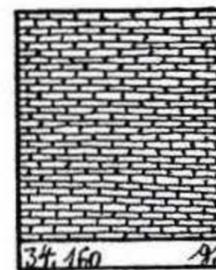
Esa puede ser, en fin, una explicación del porqué al leerlo nos sentimos como si estuviéramos presenciando una explosión: los pedazos saltan por los aires y es tal la magnitud y la velocidad del evento que si uno pierde por un instante la concentración jamás adivinará la forma de la integridad que fraccionó. Pero aún más adecuado sería decir que la sensación del lector se asemeja al vértigo del navegante que por primera vez hace su incursión en los terrenos de internet, y descubre que en cada *ítem* hay millones de *sites*, por lo cual es víctima de la terrible inseguridad que produce el comprender que un leve desplazamiento del *mouse* puede llevarnos a terrenos jamás sospechados y, a veces, siempre temidos.

Sí, hay más de un poco de vértigo metafísico en este libro, quizá por la característica primordial que es prerequisite para el vértigo: no hay límites preestablecidos; sólo puedo imaginarlos. No puedo decir qué asociaciones seguirán, qué nuevas lecturas de autores "conocidos por todos menos por mí" utilizará Rincón, cuál momento histórico concatenará al capítulo... En fin, es un libro que puede hacerlo sentir a uno como un verdadero ignorante con el peor de los agravantes: no saber por qué se siente uno como un ignorante.

Y así llegamos a la pregunta que debería ser el centro de esta reseña: ¿De qué habla el libro?... A lo que yo sólo puedo responder: No tengo ni idea... Y más que a mi ignorancia supina, se podría culpar de tal respuesta al sin senti-

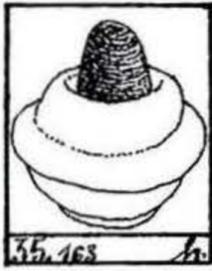
do de la pregunta, pues ¿preguntaría usted de qué habla un mapa?... Sin duda, más apropiado sería preguntar de qué lugar es el mapa y fijarse en los caminos y accidentes orográficos que hace resaltar. Esa misma regla se puede aplicar al libro de Rincón, profesor titular de literaturas de América Latina en el Instituto Central de Latinoamericanística de la Universidad de Berlín.

Ante todo resulta clave una palabra que ostenta todo "camino pavimentado" dentro del libro: *Posmodernidad*. Esa misma palabra que, dada su notable inestabilidad semántica, Hebdige calificó de "el más variopinto de los términos", y de la cual, sin embargo, no hay escape en nuestra época, como afirma la cita de Joaquim de Molina: "No parece haber gran coincidencia en saber qué significa exactamente *posmodernidad*, pero que la posmodernidad se nos ha echado encima y que aglutina toda una serie de gestos estéticos, políticos y artísticos es un hecho" (pág. 217). Sin embargo, no es éste el "lugar" del mapa sino tan sólo su "escala": El "lugar" es indiscutiblemente la literatura, en especial la latinoamericana, así como su "escala" es la contemporaneidad, sea ésta entendida como sociedades poscoloniales o procesos de indetenible globalización.



El libro se inicia con "Los límites de Macondo". Allí, después de afirmar rotundamente que "los límites de Macondo dentro del mapa de las representaciones literarias en el mundo no son de tipo occidental" (pág. 3), Rincón nos habla de la gélida estepa kasaskana y del condado de Vineland, de peces venidos del neolítico matriarcal y de una joven de Calcuta que causa heridas físicas con sus palabras, pasando por "la pasión incestuosa del

narrador de la historia del poblado de Shikoku por su hermana gemela” y muchos otros, para luego situar la indiscutible trascendencia de *Cien años de soledad*, tanto por el autorreconocimiento que provocó en diversas comunidades de lectores, como por la nueva fluidez que inicia entre corrientes de capital cultural sur-norte y sur-sur.



En Irán se vende la historia de Macondo por entregas a partir de 1990, “cien páginas por cien tuman” (al mismo tiempo: ¿qué puede resultar más placentero para un lector árabe que volver a encontrar la atmósfera de *Las mil y una noches*?); y en la URSS anterior a la perestroika se vende en forma de casetes de audio, al igual que las poesías del “legendario poeta-cantante” Wladimir Wysotsky. Tanto escritores norteamericanos, y en especial afronorteamericanos, como escritores, de sociedades poscoloniales ven en el realismo mágico perspectivas totalmente nuevas (y mucho más adecuadas) para plasmar su realidad; realidad que supera con mucho las posibilidades de la técnica estándar y de “una tradición definida desde la modernidad y un canon derivado de las culturas grecorromana, judeo-cristiana y europeas” (pág. 31).

Respecto a lo ocurrido en otras literaturas poscoloniales, para marcar los cambios ocurridos en la Universidad de Nairobi desde los sesenta, Ngugi wa Thiong'o indicaba que mientras entonces los estudiantes, a partir de la imposición colonial del canon moderno, se debían ocupar de detectar los caracteres de Jane Austen en sus aldeas, ahora podían comparar las

experiencias rurales y urbanas de las literaturas africanas y de la literatura de Kenia con las de García Márquez, Richard Wright, Georges Lamming, Balzac, Dickens, Shakespeare y Brecht. [pág. 47]

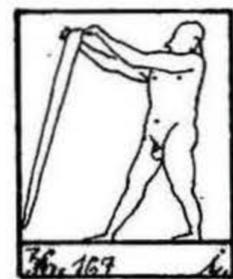
La segunda parte del libro es meramente “cartográfica”. Al respecto dice Rincón: pocas fascinaciones intelectuales son hoy tan significativas como esa: operar a dos niveles, para conseguir a la vez trazar e ironizar o parodiar la figura paradigmática del mapa; en cuanto doble abstracto de un territorio y falaz representación mimética de una geografía [...] En el umbral mismo de esa fascinación por el mapa, se encuentra la caída de la temporalidad en la espacialidad, caída que arrastra a las formas consagradas de la conciencia histórica. La modernidad deja de verse como destrucción y sustitución de tradiciones, se torna en una compleja reorganización de las relaciones temporales y espaciales” (pág. 73). En tal contexto, la tan mencionada “posmodernidad” y el “discurso poscolonial” resultan entonces ejes de reflexión elementales para establecer “nexos cartográficos” para el realismo mágico.

La tercera parte es meramente “barroca”, pues su base es una reflexión acerca del barroco y de las conceptualizaciones latinoamericanas sobre el mismo (“[...] lo que conviene destacar como línea común es el interés por la producción de pasados utilizables, para darles valor de tradiciones por rescatar [construir] y continuar [apropiarse]” (pág. 153). Dentro de tal búsqueda resultan tan indispensables el análisis de las posiciones de Carpentier y Lezama Lima como el estudio del *pliegue* de Deleuze, y el detalle en la *imagen* que por resultar vínculo entre el barroco y el neobarroco resultará también vínculo entre la tercera y la cuarta parte del libro.

“El universo neobarroco es la cuarta parte y final del libro. Almodóvar, la revista *Vogue*, el *design*, Peter Greenaway, aparecen entonces como protagonistas... “La exacerbación de las teorizaciones sobre la escritura a finales de los sesenta puede verse hoy como una reacción ante el poder avasallador de las imágenes electrónicas, como un rechazo a las nuevas

premisas traídas con su velocidad e irreductibilidad a lo escrito u oral, y una última defensa del rasgo —y el rango— sagrado de los escritores” (pág. 241). Pero más allá de la “competencia” a la literatura, el estudio de la imagen barroca que efectúa Rincón es esencial para entender su *juego* dentro de la sociedad contemporánea.

Pasando por la creación del barroco como medio de defensa contra la Reforma protestante (“[...] los iconólatras quizá ya sabían que las imágenes ya no representan nada, que ellas eran juego puro; pero ése es precisamente el gran juego, sabiendo también que es peligroso desenmascarar las imágenes, puesto que ellas disimulan que no hay nada detrás de ellas” (pág. 217: cita en bastardilla de Baudrillard), Rincón estudia la importancia de la imagen como nexo comunicativo entre “sociedades fractales” como fue el caso del México colonial y sus *ixiptlas*, para proceder luego a construir “camino” hacia el papel de la imagen en la posmodernidad y la “cultura global”... “¿El lugar de lo neobarroco? Tal vez ahí, en las turbulencias de la encrucijada entre heterogeneidad temporal, pluralidad cultural y dinámica de los actuales reciclajes, apropiaciones y empleos de imágenes y artefactos culturales” (pág. 260).



El libro de Rincón es, pues, un ensayo rico en contenido, aunque no más fácil de leer que el “espíritu” de nuestra época. Pero sobre todo es una visión “descentralizadora” para nuestra literatura y nuestra cultura que permite, al contemplarlas “desde afuera”, enriquecerlas, y al situarlas dentro de procesos mucho mayores le otorga al lector latinoamericano una cura momentánea a aquella característica que, según el mismo García Márquez, es un

mal eterno de nuestra cultura: el ensimismamiento.

Cuando se finaliza el libro queda uno con una pregunta: ¿al plegar un mapa se acercarán los puntos en la realidad?... Quizá no, quizá sólo un poco, pero el pliegue mismo contempla una visión multidimensional que enriquece, y quizá supera, la tan aceptada (pero no por ello más adecuada a lo "real") representación en dos dimensiones.

Al final, un mapa es cuestión de símbolos y caminos.

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

Biografía igual aventura

El inventor de lunas

Jairo Aníbal Niño

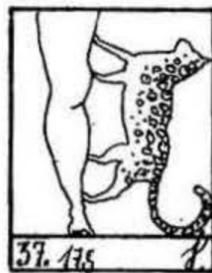
Colciencias, Santafé de Bogotá, 1995,
64 págs.

Este libro de Colciencias destinado a lectores jóvenes aparece con fines claramente didácticos que empiezan a cumplirse desde el prólogo, escrito por Carlos Nicolás Hernández, donde se abre un espacio al asombro y a la curiosidad y es una buena introducción a lo que será la última aventura, el viaje final de uno de nuestros más ilustres sabios y de nuestros más injustamente condenados patriotas.

La suma de coincidencias —algunos aseguran hoy que nada lo es, que todo son caminos señalados de antemano— que dieron pie a la creación del libro señalan que su contenido, aunque histórico, tiene algo de mágico o de fantástico. El encuentro como por azar del futuro autor y del director de Colciencias, la voluntad de escribir sobre Caldas, y un colibrí, aquel diminuto ser que tanto admiraba a los españoles durante la conquista, revoloteando en un jardín venezolano, como en un llamado silencioso y al mismo tiempo elocuente.

Una de las bondades del libro, sin duda la más evidente, son las ilustraciones de Silvia Gómez. No solo siguen fielmente el relato, sino que acuden a

la imaginación recreando ese universo fantástico que tanto maravilló al sabio Caldas y a todos los que, como él, han querido comprender algo de sus misterios y secretos. Azucena, la perra fiel que acompaña a su amo desde Popayán hasta el cadalso, inicia la serie de animales dibujados con toda la riqueza y el colorido de la fauna tropical. Colibríes, mariposas, lechuzas y gavilanes revolotean en medio de las páginas. Familias vestidas con una idéntica tela pasan por las páginas, así como el cielo con sus constelaciones de estrellas, eclipses y flores maravillosas, despenñaderos y aparatos científicos, el grupo de prisioneros que con las manos atadas avanza detrás de sus captores por la geografía colombiana, el calabozo en el Rosario y el pelotón de fusilamiento vestido de gala como para una ceremonia importante, harán que los lectores, especialmente si son niños, quieran repasar cada página del libro.



El sabio Caldas caminando junto con sus amigos hacia la muerte, a la que teme como un hombre cualquiera, se perfila en un primer instante como el personaje humano, víctima de una emoción profunda y al mismo tiempo terrible: el miedo. Espera escondido en sus tierras a que se cumpla la orden del gobierno español, y con ella su sentencia de muerte. Se sabe abandonado, traicionado por aquellos que habrían de llevarlo por mar hacia la libertad y sobre todo hacia un tiempo que le permitiría seguir estudiando el universo. Sabe también que es imposible huir a pie y que la patria se ha convertido en una cárcel donde tarde o temprano será encontrado para ser llevado a otra, más estrecha, de donde no saldrá con vida. El hombre condenado, acorralado, co-

mienza a recordar algunos momentos importantes de su vida.

Pero si ha sido traicionado y abandonado a su suerte por algunos, entre ellos su esposa, Azucena, la perra blanca que lo sigue hasta el cadalso en Santafé, representa la nobleza y la generosidad del amor sin condiciones y de la lealtad que con tanta frecuencia faltan en el corazón del hombre. Azucena es la naturaleza misma, fiel a sus propias leyes, sabia en su misma esencia.

El lenguaje del libro es sencillo y didáctico, como corresponde a los jóvenes lectores a quienes está dirigido. A veces los diálogos carecen de verosimilitud, porque en ellos se manifiesta la intención de enseñar y de resumir la filosofía y los conocimientos de Caldas, los sentimientos o la falta de ellos de sus captores, los conocimientos acumulados durante siglos por los indios, a quienes los blancos desprecian sin razón. Sin embargo, la claridad se mantiene.

El tiempo del camino que de Popayán conduce a la capital es el tiempo de los recuerdos. Se recurre al *flashback* para contar algo de la infancia de Caldas, de la atmósfera de la casona en la que se dedicaba al estudio, a la observación de la bóveda celeste, a la ensoñación de lo maravilloso, aguijoneado por los relatos de su aya, aquella mujer que aseguraba haber visto en los espejos de la casa un tigre agazapado y dispuesto a saltar fuera del marco. El niño real se borra para dar paso a un niño ideal, demasiado serio, demasiado comprometido con el futuro, con su condición de sabio, de científico. Es como si desde la infancia sospechara que algún día iba a ser amigo de otros sabios y que su amor por el conocimiento lo elevaría por encima del común de los mortales. Afortunadamente, el niño, que no lo es tanto, crece para dar paso al hombre que teme, aunque haya logrado superarse a sí mismo.

La relación que se va formando entre cautivos y captores —pues Caldas no marcha solo; lo acompañan otros patriotas que lo conocen y lo admiran— está tejida de complejidades. Y de lugares comunes también. Existe el captor que respeta a la víctima, que lamenta desempeñar el oficio que le ha tocado